



EL DUENDE VERDE

EL INVENTOR DE MAMÁS

Braulio Llamero

Ilustración: Emilio Urberuaga



ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Braulio Llamero, 1989
© De las ilustraciones: Emilio Urberuaga, 1989
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 1989
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª ed., septiembre 1989
14.ª impr., junio 2013

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-207-3532-0
Depósito legal: S. 1273/2010

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Braulio Llamero

EL INVENTOR DE MAMÁS

Ilustración: Emilio Urberuaga

Q U E R I D O L E C T O R

Antes casi todo se hacía en casa.
Me refiero a cuando mis abuelos eran tan jóvenes como tú. Cada familia se hacía su pan, sembraba sus patatas, fabricaba su ropa... ¡Y hasta se construían ellos mismos sus casas!

Entonces llegó el Progreso. El Progreso es una cosa que tiene muchas profesiones y máquinas. Y cuando hay Progreso, el pan solo lo hacen los panaderos, las patatas solo las siembran los agricultores, la ropa solo la hacen las fábricas y las casas solo las pueden levantar las grúas.

El Progreso necesita también muchas máquinas. Cada vez más máquinas. Todo tipo de máquinas. Máquinas de coser la ropa, máquinas de hacer pan, máquinas de construir grúas...

Un día que no tenía nada que hacer me puse a pensar en todo esto. En que cada vez hay más máquinas que saben hacer cada vez más cosas. Y cosas cada vez más difíciles. Fíjate en las calculadoras: hacen operaciones dificilísimas y ni siquiera tienen que contar con los dedos, como yo.

Total, que empecé a imaginarme máquinas nuevas.

Máquinas que aún no están inventadas, pero, a lo mejor, cualquier día va y las inventa alguien. Imaginé una máquina para dar la merienda por la tarde. Una máquina de hacer reír para que descansen los payasos. Una máquina que jugara con tus juguetes, para que tú pudieras jugar a otra cosa. ¡O una máquina que fuera capaz de fabricar mamás!

¿Te imaginas una enorme fábrica donde se hicieran mamás como si fueran coches? Mamás de las de verdad, no de juguete. ¿Nos gustarían esas mamás fabricadas y compradas?

Si tienes tiempo, lee la historia que viene tras esta página. Y sabrás lo que le pasó a Carlitos cuando conoció a un inventor de mamás. Verás qué divertido.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "B. James". The signature is stylized and written in a cursive-like font.

*Para mi madre,
que tuvo que inventarse
sola.*

1

DON CARLOS GUSTAVO (O SEA, CARLITOS)

CARLITOS vive en una casa inmensa. Bueno, más que una casa, parece un palacio, Tiene ochenta habitaciones y catorce baños. Él, para divertirse, usa un baño cada día.

Alrededor de la casa hay un jardín tan grande como un bosque. Cada vez que juega al escondite con algún criado, si Carlitos quisiera no sería descubierto ni en un año. Lo que pasa es que estar oculto un año, o tan solo un mes, es una cosa terriblemente aburrida.

Dentro de la casa nunca hay menos de cuarenta criados. Y todos están a las órdenes de Carlitos.



O sea, que cuando él dice:

—¡Quiero una chocolatina!

¡Hala!, se presentan cuarenta criados llevando cada uno una bandeja de plata. Y en la bandeja, un montón de chocolatinas de todos los sabores, colores y tamaños.

—¿Qué chocolatina desea don Carlos Gustavo? —preguntan los criados con mucha reverencia.

Y don Carlos Gustavo, o sea, Carlitos, en vez de alegrarse y elegir las chocolatinas que prefiera, va y pone cara de berrinche.

—¡Es un lío! —protesta—. Si pido una chocolatina, ¿por qué tenéis que traerme mil quinientas?

Se cruza de brazos y no come ni una. Otras veces dice Carlitos:

—Quiero una bici de carreras.

Y, ¡hala!, se presentan los cuarenta criados con otras tantas bicicletas.

—¿Cuál quiere, don Carlos Gustavo? —le preguntan con la seriedad de costumbre.

Y don Carlos Gustavo, o sea, Carlitos, coge y les saca la lengua.

—¡Las quiero todas!

Después resulta que no corre con ninguna. Se le pasa el día en decidir cuál de todas es más rápida y se va a la cama sin saberlo.

Igual le ocurre en otras cosas.

Y así, pudiendo ser el chico más feliz del mundo, se siente en realidad muy desdichado y suele tener los ojos tristes.

Su padre, aunque lo vea en ese plan enfadado y protestón, no se preocupa mucho.

—Lo que pasa es que Carlitos está mal acostumbrado —suele decir—. ¡Por algo es el hijo único de don Olegario Barrús!

Y se acaricia con orgullo la barriga.

No es para menos. El papá de Carlitos, efectivamente, es don Olegario Barrús y Barrús, presidente del poderoso grupo de empresas Barrús S.A. Más de cien fábricas a lo largo y ancho del país son suyas. Y dicen los entendidos que tiene tanto dinero que podría comprar la Luna si algún día la ponen a la venta.

Lo único que no puede comprar don Olegario es tiempo. Nunca tiene tiempo para nada. Anda sin parar de allá para acá, saltando de país en país, cruzando mares y océanos. Y siempre pendiente del reloj. Por eso Carlitos y él no se ven mucho.

—Pero no importa —dice también don Olegario—. Aunque no me vea, mi hijo está perfectamente servido y atendido. Para eso pago los criados, y las doncellas, y los jardineros y todo el personal. A Carlitos no puede faltarle de nada. Eso es lo importante.

Quizá las cosas fuesen de otra manera si la mamá de Carlitos no hubiese muerto cuatro años antes en un accidente de tráfico. Cuando ella vivía, papá paraba más en casa y él reía el doble...

CARLITOS odiaba los martes. Ya se lo había dicho a Filiberta, su ama de llaves, al despertar:



—¡No quiero levantarme! ¡Los martes son aburridísimos!

Los miércoles, en cambio, no eran aburridísimos: eran «odiosos». Los jueves eran «estúpidos». «Insoportables», los viernes. «Pesados», los sábados. Los domingos eran «horribles». Y los lunes, «el colmo».

De sobra conocía Filiberta el adjetivo que Carlitos ponía a los martes. Así que no le hizo el menor caso.

—El desayuno está preparado —avisó antes de irse—. Y recuerde, don Carlos Gustavo, que su clase empieza dentro de media hora.

—Las clases en martes son también aburridísimas —respondió él desde la ducha.

Sin embargo, y pese a sus protestas, aquel fue un martes como otro cualquiera.

Bueno, *casi* como otro cualquiera.

Asistió a las clases particulares del profesor Burundio. Comió solo en el extremo de una larguísima mesa. Y vio dibujos animados durante un buen rato. Después, empezó a jugar por toda la casa.

—¡Cuidado! —chilló la cocinera Lamparreta, al verlo llegar corriendo como un rayo y sin advertir la presencia de una gran caja de berzas que acababa de posar en el suelo.

—Lo siento —se disculpó él, riendo y asomando la cabeza entre el montón de berzas en el que había caído.

—¡Atención! —le gritó el jardinero Segundo, al ver que tropezaba junto a uno de sus más hermosos rosales.

—¡Ayayay! —le respondió Carlitos, mirándose el dedo que una de las espinas de las rosas acaba de pincharle sin la menor piedad.

—¡Párese, don Carlos Gus...! —quiso decirle el mayordomo Florián, al ver cómo se deslizaba velozmente por la brillante barandilla de la escalera del salón.

Pero antes de acabar la frase, Florián estaba en el suelo y Carlitos sentado en su barriga.

—¡Recuerde que tengo permiso de su señor padre para darle un buen par de cachetes! —le dijo muy serio y colorado el mayordomo.

Carlitos se levantó de un salto y le sacó la lengua:

—¡A que no me pillas! ¡A que no me pegas...!

Florián se puso en pie trabajosamente y miró a Carlitos con irritación; o sea, muy enfadado.

—¡Don Carlos Gustavo, haga el favor de acercarse!

—¡De eso nada, monada! ¡Píllame si eres capaz!

Y salió corriendo escaleras arriba, perseguido por Florián, que parecía haberse tomado muy en serio lo de darle unos cachetes.

Como la casa era tan grande, Carlitos atravesó un buen número de habitaciones y pasillos hasta comprobar que ya no se oían ni las voces ni los pasos de Florián.

Se dejó caer en la butaca más cercana y miró los muchos libros que había en aquella habitación a la que había ido a parar. Era la biblioteca. Allí tomaba papá café los pocos días en que estaba en casa a la hora del café.

Alguna que otra vez había curioseado aquellos libros. Pero eran todos tan aburridos como los martes. Se titulaban: *Análisis estructural de los cambios económicos en la posguerra*, *Parámetros económicos*, *Elasticidad de precios y su repercusión inflacionista*, y cosas por el estilo.

En cambio, no había ni un solo tebeo.

—No me extraña que papá solo venga aquí para tomar café —pensó Carlitos, recordando que nunca lo había visto leyendo un libro.

Su mirada fue a parar después a la bandeja de plata que había en la mesa, frente a la butaca en la que se había sentado. Estaba llena de cartas. Siempre que don Olegario se hallaba ausente, Florián dejaba allí, cada mañana, la correspondencia.

Carlitos se acercó a la bandeja y fue leyendo los remites. Eran tan aburridos como los títulos de los libros de la biblioteca. Las cartas procedían de empresas, direcciones generales, gerencias y lugares aún más raros.

Ninguna llevaba nombres de personas.

Parecía que al papá de Carlitos nunca le escribía gente, solo fábricas y sociedades anónimas.

Con una excepción. Había una carta, una sola, que estaba escrita a mano. Y en el remite sí se leía un nombre propio: Guillermino Sirofán. Procedía de Zamora, del número 104 de una calle llamada Balborraz.

Algo más le llamó la atención. Tenía el sello de «Urgente».

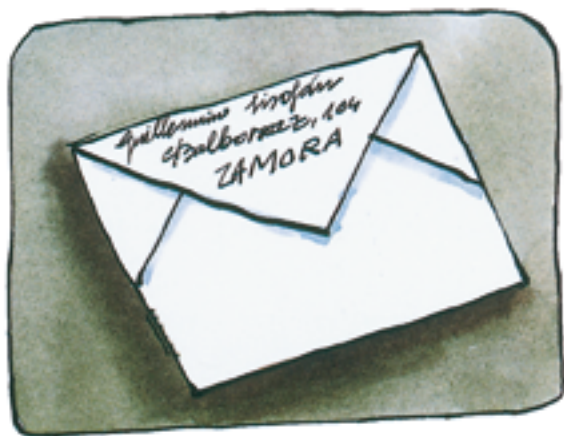
Salió al pasillo y le preguntó al primer criado que vio, el camarero Pepe Alcance:

—¿Cuándo vuelve papá?

—Estará dos semanas fuera, don Carlos Gustavo. Recuerde que acaba de irse a Hispanoamérica...

—Gracias, Pepe.

Regresó a la biblioteca y miró con cierta pena la carta escrita a mano. De nada le iba a servir lo de su «urgencia». Don Olegario no podría leerla hasta su vuelta y quizá para entonces fuera ya inútil la lectura.



No pudiendo detener por más tiempo su curiosidad, hizo lo que nunca antes se había atrevido a hacer. Cogió el abrecartas que estaba al lado de la bandeja y abrió el sobre.

«**ESTIMADO** señor Barrús —decía la carta—: Usted a mí no me conoce y yo a usted tampoco. Así que empezaré por presentarme.